

# Capítulo 19 - La Tierra de los Caminos Destrozados

- [Capítulo 19 - La Tierra de los Caminos Destrozados](#)

# Capítulo 19 - La Tierra de los Caminos Destrozados

Socks se sobresaltó ligeramente, luego levantó la nariz para oler el aire. Miró con su visión mental y lo detectó rápidamente. —Tienes razón. Está casi muerto y yo no estaba atento. ¿Qué quieres hacer al respecto? ¿Deberíamos fusionar nuestras mentes y acabar con él ahora?—

Dirt observó a todas las personas que lo miraban y comenzó a sentirse consciente de sí mismo, enderezándose la camisa y sacudiendo el polvo de los pantalones, aunque en realidad no había polvo. “No lo sé. Primero veamos qué quieren hacer con nosotros. No creo que sea buena idea partir en dos a uno de sus habitantes de inmediato. Probablemente no saben qué es, ya que no está atacando a nadie.”

—Pero vamos a partirlo en dos, ¿verdad?—

—Por supuesto.—

—Perfecto.—

La mente del medio cadáver no tenía pensamientos ni razonamiento alguno, pero la parte viva de su rostro seguía funcionando. Sus ojos captaban la luz para poder ver, y sus oídos aún oían. En ese momento, estaba cerca de la parte trasera de la multitud, observando a Socks. La punta de la cola del cachorro se movía inquieta, ansiosa por destruirlo. Lo conseguiría pronto.

Poco después, un hombre mayor salió de la Principia, lo cual alegró a Dirt; al menos, estaban usando el edificio de manera correcta. El Duque, Padre o como se le llamara, pertenecía allí. Se acercó llevado dos lonchas de carne seca del tamaño de su antebrazo, sobre una hermosa bandeja de cerámica con patrones en glaseado azul.

Si eso era todo lo que traía para algo del tamaño de Socks, la comida debía escasear, incluso en pleno invierno. La razón por la que había poca provisiones, Dirt podía adivinarla fácilmente. Quizá por las grandes aves, los goblins locales o esas criaturas grandes y lupinas, pero en realidad no importaba. Esa era solo la suerte de los humanos.

El anciano tenía un paso vivo, y un vigor que no correspondía a su rostro arrugado y lleno de manchas, con más piel que cabello en su cabeza. Su simple camisa de lana gris no destacaba mucho, pero la manera en que la gente desplazaba sus pasos para dejarlo pasar y levantaba la mano en señal de respeto dejaba claro que él era quien mandaba. Ese gesto de levantar la mano era extraño, pero Dirt pensó que simbolizaba sostener su liderazgo, o su salud, o alguna otra cosa por el estilo.

Su edad se notaba cuando hizo una mueca de dolor al inclinarse para colocar la bandeja de cerámica en el suelo frente a Socks. Tenía una espalda adolorida, como muchos de los ancianos de Ogena. Socks y Dirt lograron captar en la multitud su pensamiento muy fuerte: que Socks debía comer. Principalmente en imágenes, pero algunas palabras se colaban. Por piacere, manghja. 'Per piacere' era 'por favor,' así que 'manghja' significaba 'come.'

Socks respondió con una imagen de sí mismo devorando carne de ave, disfrutando la sangre que le manchaba la nariz y el pelaje del rostro, y la sensación de su estómago llenándose hasta reventar. Incluso ahora se sentía satisfecho. Pero su pequeño humano y su nuevo amigo no habían desayunado. Socks terminó compartiendo una imagen de Dirt y Biandina arrancando una porción de carne seca y dándose un bocado.

Dirt no tenía interés en esperar y saltó para tomar un poco. Biandina no lo siguió, así que Dirt le rompió un trozo también, y luego le tomó las mejillas como si fuera a obligarla a comer, incapaz de contener una risita. Ella se molestó y consideró azotarlo, lo cual le pareció aún más gracioso, pero optó por comer, mirando tímidamente a cualquier parte menos a la multitud mientras devoraba la carne con ansias.

No estuvo mal. Fue aceptable, simplemente no lo suficiente delicioso como para compartir su sentido del gusto con Socks. Nada sabroso en ello, solo carne y casi la cantidad justa de sal. Probablemente guardaron las mejores cosas para criaturas con un paladar más exigente que Socks y los suyos.

Aún así, era alimento, y Dirt no podía pasar una semana con el estómago lleno como Socks. Él tenía un vientre mucho más pequeño y se vaciaba en menos de un día, sin importar cuánto hubieran comido.

Así que sonrió y repitió el gesto con la palma abierta hacia el viejo Padre y dijo, "Gracias. ¿Puedo quedarme con el resto de esto?"

El anciano le dirigió una mirada inquisitiva a Socks, esperando una explicación, y Socks respondió con una imagen de Dirt colocando la carne sobrante en el bolsillo del arnés para comerla después. El anciano sonrió amigablemente y asintió, luego recogió las sobras y las alcanzó para colocarlas en el bolsillo él mismo. Después dio unas palmadas en el bolsillo y se retiró un paso.

Tras eso, nadie estaba muy seguro de qué hacer. Pronto quedó claro que esperaban que Socks les dijera qué quería o simplemente se marchara.

-¿Qué debería decirles? Y aún mejor, ¿cómo?- preguntó Socks a Dirt. Una ligera sensación de frustración acompañaba sus pensamientos.

-Estás pensando demasiado. Solo habla como un lobo. Diles lo que dirías a tu Hermano y déjalos que lo entiendan. Saber hablar en mi idioma hace que parezca más difícil de lo que es-, dijo Dirt.

-Está bien-, dijo Socks, visiblemente aliviado. Cambió de peso y se acomodó, luego cruzó sus patas delanteras y apoyó la cabeza sobre ellas. Era una postura tranquila, pero no de sueño, y los ojos de Socks aún estaban lo suficientemente altos para vigilar el entorno.

Cuando volvió a hablar, sus pensamientos llenaron la reunión como el aroma de incienso en un templo, calmando a una multitud curiosa ya tranquila. Habló con calma, sin la dureza o la presión que tenían Padre, Madre o Hermano Mayor. Como cuando los cachorros hablan entre ellos, el olor y la impresión transmiten más que imágenes o sonidos.

Comenzó presentándose, compartiendo su aroma que revelaba su sexo y edad, aún un cachorro a punto de adquirir su pelaje y color de adulto. Mostró a Madre, más fuerte que las raíces de la tierra, su cuidadora, maestra y juez, enviándolo a explorar, y cómo encontró a Dirt en una de sus primeras incursiones en los parajes salvajes alejados la madriguera.

Socks omitió muchos detalles que Dirt consideraba importantes, como el orden en que ocurrieron las cosas, pero se centró en lo que encontraba interesante. Paisajes y olores, lugares fascinantes. Bichos, aves y toda clase de presas, el sabor de la sangre de varios animales.

Lugares humanos que encontraron y exploraron. Duendes con los que lucharon. Especies excavadoras en las montañas, la bestia tentáculo. Socks ocultó tanto como mostró, manteniendo siempre el papel de Dirt en un segundo plano, quizás para que no pareciera superhumano.

Les mostró la torre blanca de Llovella manchada de hollín y la aldea vacía a su alrededor. Para Socks, era un lugar de asombrosa variedad, más cosas de las que podía captar en cada mirada. Olores en una confusión selvática, intensa y embriagadora; madera vieja, pintura, tela y grano en descomposición; plantas nuevas creciendo, rastros de animales que pasaron, mucho más. Siempre había algo fascinante que descubrir en una ventana o Dirt mostrándole algún artefacto nuevo diseñado para compensar las deficiencias naturales humanas.

Después de eso, Socks mostró la ciudad amurallada de Ogena y a todos sus pequeños humanos bulliciosos apiñados juntos, algunos vestidos con metal y otros con tela, y ahora su pequeño Dirt sintió que él también debería llevar ropa. Socks encontraba todo eso sumamente fascinante y lo comunicaba a través de los olores de los materiales y de los humanos al usarlos, con solo destellos de imágenes, como si lo que parecía no importara en absoluto.

Los humanos en la multitud prestaban atención con entusiasmo, incluso los bebés y los niños pequeños. A Dirt le resultaba más fácil captar sus pequeñas mentes, pues eran sencillas y estaban llenas de luz. Los pequeños absorbían lo que Socks les decía y lo procesaban en un nivel primitivo, más completamente que los adultos. Cuanto mayor era un humano, más luchaba por entender qué significaba todo aquello.

Una mujer tan vieja como el Padre de la ciudad salió del Principio vistiendo un grueso vestido de lana que llegaba hasta sus tobillos y parecía agradable y cálido. Llevaba una gran olla de agua sobre un hombro, que parecía más de lo que debería poder cargar. La colocó frente a Socks y le entregó una cuchara a Dirt para que bebiera, y también a Biandina. Finalmente, hizo un gesto para que Socks terminara el resto. Su lengua era demasiado ancha para caber en la abertura, así que la levantó con su mente y la vació en su boca de un solo trago. Podría ser suficiente agua para un humano, pero para Socks no era más que un robledo o dos.

Dirt se preguntaba si solo estaban sacando pequeñas cantidades consciente y deliberadamente, intentando que el cachorro creyera que no eran una fuente confiable de alimento, pero cuando Dirt

logró captar su mente entre todas las luces de la multitud, ya era demasiado tarde para decirlo.

Después de eso, Socks regresó al momento en que conocieron a Ignasi, Marina y Hèctor, y lo asustados que estaban porque no podían reconocer a Dirt por lo que claramente era: un humano pequeño y normal.

Saltó a la escena en la que Dirt aprendía a bailar y quedaba completamente confundido, ya que el ritmo y los sonidos de la música no tenían el mismo efecto en Socks que en los humanos. La mejor hipótesis de Socks era que compensaba por tener sentidos del olfato y del oído increíblemente pobres y por la pérdida de todo placer que estos ofrecían. Pero a Dirt le gustaba, así que Socks podía disfrutarlo por ellos.

Luego, Socks mostró las ruinas de Ocriculum, y Dirt, entristecido por la pérdida de su civilización humana. A pesar de su tamaño diminuto, Dirt había exhalado más de un aroma de tristeza de lo que Socks habría creído posible en un ser vivo, allí, solo, aullando al cielo en una habitación medio colapsada mientras sus ojos derramaban lágrimas. Su propio corazón se conmovió en empatía, y ambos se estrecharon aún más por ello.

Dirt, además de adorable, era una fuente constante de novedad. Cada vez que Socks pensaba que comenzaba a comprender plenamente el comportamiento humano, algo nuevo sucedía.

Desde allí, la historia se desplazó mientras exploraban durante el resto del verano y gran parte del otoño, entre plantas, juegos y los olores que solo se encontraban en la cima de las montañas. De cazar con el Padre y sus hermanos, del vigor revitalizador que traía el frío, y de cómo eso le daba energía.

Socks omitió mencionar el dispositivo mágico que los transportaba aquí, prefiriendo mantenerlo en la incertidumbre, pero mostró cómo vieron a Biandina siendo llevada por el pájaro y cómo la rescataron. Mostró la lucha, mezclando los olores de terror y dolor de las aves, compartiendo información que Dirt no había notado: tres de los pájaros eran viejos, dos eran jóvenes, pero no eran padres ni hijos entre sí. Eso significaba que debía haber muchos más en su territorio.

La historia del cachorro culminó con una visión de lo que ocurriría si los humanos dañaran a Biandina o la rechazaran nuevamente: la Tierra se entristecería, y eso enojaría a Socks. Y solo para enfatizar, levantó nuevamente la cabeza para darle una pequeña lamida en el costado de la cara, y luego miró con posesión a la multitud antes de descansar otra vez la cabeza.

Parecía que la mitad de la multitud no sabía qué había ocurrido con la niña y estaban confundidos, mientras que la otra mitad que conocía se sentía bastante incómoda. De repente, decenas de niños preguntaron a sus madres qué quería decir Socks y quién era Biandina. En respuesta, la mayoría respondió en voz baja, respuestas cortas que probablemente no explicaban mucho.

El padre de la tribu parecía desconcertado y se limpió la mano por la cabeza como si aún tuviera cabello que arreglar. El Babbu de Biandina se acercó y murmuró algo en el oído del anciano que Dirt no logró entender del todo.

Luego, el anciano se inclinó para repetirlo en el oído de su pareja, y el rostro de la anciana se suavizó inmediatamente en una sonrisa gentil. Así que ella era como la duquesa, después de todo.

Se inclinó ligeramente hacia Dirt, lo suficiente para prestarle toda su atención sin parecer condescendiente, y dijo, despacio y claramente: “Tú eres el lobo, ¿puedes entenderlo, no?”

‘Tú’ y ‘lobo’ estaban lo suficientemente próximos a las palabras de Dirt para percibir que le preguntaba por él y Socks, pero el resto era confuso. Ella vio su vacilación en el rostro y simuló con sus manos los movimientos de marionetas, una hablando a la otra.

Dirt sonrió y dijo, “Perfectamente.”

Su palabra para eso debía ser cercana a la suya, porque ella le dio un asentimiento amistoso y señaló con sus ojos, luego giró su mano hacia afuera en señal de que fuera a ver algo. A continuación, las manos de marioneta volvieron a hablar. Ven a ver esto, y luego dime, lobo.

Dirt asintió, tomó el bastón que fabricó con el arnés de Socks y luego extendió la mano hacia ella. Ella la tomó y realizó una pequeña reverencia cortés hacia Socks.

—No dejes que te engañe. Ponte mana en la piel ahora, por si acaso— dijo Socks.

—Ellos no saben que soy peligroso, pero no hay duda de que tú sí. No se atreverían. ¿Quieres compartir nuestra visión?— respondió Dirt.

—Sí.—

Y así lo hicieron. Dirt abrió su mente a Socks, y esa parte se unió con facilidad. Hubo un momento de desorientación antes de que Socks cerrara los ojos, pero el cachorro tuvo que lanzar una última mirada a la mujer solo para asegurarse de que no tuviera alguna que otra intención. Después, el cachorro volvió a descansar la cabeza sobre sus patas, aunque sus orejas seguían teniendo pequeños movimientos para escuchar todo, lo que indicaba que todavía estaba despierto.

La mujer lo guió entre la multitud, que se apartó lo suficiente para dejarles pasar. El anciano le siguió, y tras él, el Babbu de Biandina y la propia niña, tímidamente intentando mantenerse fuera de vista. Mientras atravesaban a la gente, Dirt hizo, como Socks le instruyó, una inhalación de mana suficiente para fortalecer su piel de la cabeza a los pies. Si alguien intentaba dañarlo, se llevaría una sorpresa.

Llegaron directamente a la Principia, que era lo que Dirt más quería ver de todos modos. La puerta hacía tiempo que había desaparecido, dejando solo un marco vacío que Socks quizás no pudiera atravesar si lo intentaba. Los recuerdos perdidos de Dirt se estremecieron al entrar en el Gran Salón, y por un instante, esperó encontrar banderas y estandartes colgados, lanzas, espadas y escudos decorando las paredes. Lámparas brillantes y decoraciones coloridas.

Pero no había nada de eso, y le confundió hasta que sus ojos se ajustaron a la poca luz. Incluso con la nieve que atenuaba el exterior, en ese lugar no encendían lámparas ni velas durante el día, y todo resultaba tan oscuro como una cueva. La anciana lo guió muy lentamente, cuidando que no

pisara nada, hasta que pronto pudo distinguir su nuevo entorno.

El Gran Salón de la Principia carecía de casi todo lo que debería haberlo definido. En su lugar, la espaciosa sala estaba simplemente llena de tiendas y chozas construidas con algo más de cuidado que las de afuera. Al menos, había armas apiladas contra la pared cercana, principalmente lanzas largas de madera, aunque claramente no como decoración. Tuvo que reprimir el ceño que quería fruncir, pero Dirt se recordó a sí mismo que ese ya no era un lugar de su pueblo.

Sus ojos se dirigieron hacia la puerta al otro lado, justo enfrente de la entrada. Esa era la parte de la Principia que más anhelaba ver, aunque estaba seguro de que lamentaría hacerlo. Algo lo atraía, una sensación de familiaridad y deber. Esa era el sitio al que habría ido primero, lo sabía, cuando aún era Avitus. A través de esa puerta, y hacia... algo.

Antes de que pudieran entrar, los hombres tuvieron que mover un pesado marco de madera que habían colocado allí para bloquear el paso. No llegaba hasta arriba, como se podía ver por la luz que brillaba por encima, y Dirt podría haber subido y pasado por encima si quisiera. Y eso le resultaba alentador; si nadie entraba allí, tal vez permaneciera intacto después de todos esos años.

El interior era mucho más brillante, debido a un gran agujero en el techo por donde había caído la nieve. La nieve yacía en una gran masa, inmaculada. La luz del sol reflejada en ella era tan intensa que Dirt tuvo que entrecerrar los ojos para distinguir algo más, pero entonces vio un contorno y entró corriendo, para el disgusto de la anciana, que no pudo sujetar su mano.

En el centro de la sala, bajo la cúspide del techo arqueado, se encontraba una estatua de Melodía, la Dama de la Canción, Vigía de los Viajeros. Un dios poco convencional para una guarnición militar, pero no imposible de aceptar, especialmente si las tropas se desplazaban con regularidad.

Y al igual que toda imagen de los dioses que Dirt había visto, ella mostraba heridas y sufrimiento. Una herida la había atravesado de un hombro a la pierna opuesta. La sangre de mármol tallado corría por su pierna y se acumulaba a sus pies, para luego caer del pedestal y formar un pequeño charco en el suelo. Su vestido ondeaba en jirones, y una mano trataba de mantener en su sitio sus entrañas, que sobresalían alrededor de ella. El otro brazo estaba roto por el codo, torcido en dirección contraria y colgando inútilmente, y un pie estaba torcido y cojo. Su rostro reflejaba un dolor tan miserable que Dirt sintió náuseas.

La anciana notó la consternación de Dirt y puso una mano reconfortante en su espalda. Pero en su voz había poca ternura al explicar: "Biandina hà fattu un sacrificiu à stu dea. Hè per quessa ch'ella hè maledetta è perchè deve lascià."

Dirt captó las palabras de sacrificio, diosa y maldición, y reflexionó un momento. Luego sus ojos se abrieron de par en par y simuló cortar una garganta, señalando a Biandina. ¿Intentaron sacrificarla? ¿Por una maldita maldición? ¿Y ella logró escapar, quizás?

La anciana vio la ira en su rostro y agitó sus manos para indicar 'no'. Ella señaló un conejo de piedra tallado en parte de la decoración a lo largo de los falsos pilares que bordeaban las paredes. Dirt asintió y se hizo unas orejas de conejo con los dedos para mostrar que había comprendido.

Luego, imito sostener al animal por las orejas y llevándoselo hacia la estatua, terminando con su vida con un corte de cuchillo. Señaló una mancha oscura en la base, que Dirt comprendió debía ser la sangre del animal. “¿Ella sacrificó un conejo?” preguntó Dirt.

Primero, ella lo había hecho mal. La sangre debía caer en el altar, y no había ninguno aquí. Y en segundo lugar... ¿Melodía aceptaba conejos? Él no sabía. Podría estar escrito en algún lugar. Pero, más importante que eso, ¿a quién le importaba? ¿Qué podía hacer un dios que se parecía a eso, para bien o para mal? Y además, ¿aún existían dioses en el mundo? No parecía que fuera así para Dirt. O eran impotentes, o se habían ido.

Pensar en ello revivió la vieja culpa. Era parcialmente responsable de todo esto. Él mismo era un sacrilegio vivo, así que ¿por qué debería estar molesto por que Biandina hiciera algo inútil?

Dirt suspiró como un anciano cansado. Miró hacia la estatua, y ella parecía mirarlo desde arriba, suplicándole que terminara con su dolor. “Realmente sigo regresando a esto, ¿verdad? Lo siento, Melodía, por lo que sea que haya hecho.”

Colocó su mano sobre su buen pie, apoyando la palma en sus dedos apretados, y bajó la cabeza por un momento. Había algo que debía hacer o decir, algo que había hecho mil veces, pero no lograba recordar qué era. Lo había olvidado para siempre.

Los otros humanos estaban desconcertados por su comportamiento, y Dirt echó un vistazo a sus mentes para descubrir por qué. Para ellos, parecía que Dirt estaba familiarizado con los dioses, y esa parecía una blasfemia tan grande que se preguntaban si deberían de alguna forma advertir al lobo, o si el lobo formaba parte de eso.

El corazón del babbu de Biandina estaba dolido e inquieto, y consideraba seriamente matar a Dirt y a su hija en ese mismo instante, y luego intentar convencerse de no hacerlo. No era un tonto; simplemente era una cuestión de cuál de los dos malos finales sería peor. La atención de ese dios —la encarnación del sufrimiento y el mal— o la ira del lobo.

Dirt dio un paso atrás y suspiró, encogiéndose de hombros. Miró a la anciana con una expresión como diciendo, ¿y ahora qué?

“¿Cómo conoces su nombre? ¿Cómo conoces el nombre de la diosa?” preguntó la anciana.

Dirt oyó las palabras “nombre” y “diosa”. “¿Oh, cómo se llama ella? Es Melodía. Melodía,” dijo.

Eso fue lo peor que pudo haber dicho. La anciana se estremeció y el anciano dejó escapar un suspiro silencioso. El babbu de Biandina vio su reacción y pensó en intentar apuñalar a Dirt, pero recordó lo que Dirt le había hecho a su lanza.

“¿Qué pasa? ¿Qué dije?” preguntó.

Pero antes de que pudiera obtener una respuesta, Socks cortó su visión compartida. La cría había oído algo y quería ver qué era, y pronto le advirtió: —Cuidado, Dirt. Ese humano medio muerto acaba de colarse por la puerta. Creo que viene hacia ti. Solo alcancé a ver un vistazo, pero se

parece a esto.—

La cría le envió una imagen de un hombre desde atrás, de hombros anchos y capucha bajada, revelando una cabellera rizada y corta, y un cuello pálido. —¿Quieres que vaya yo?—

Aún no. Déjame ver si puedo suavizar esto primero. De lo contrario, tal vez tengamos que irnos apresuradamente, dijo Dirt.

Alzó las manos en señal de disculpa, intentando aparentar arrepentimiento. Me señaló a él mismo, luego imitó sacrificar un conejo como la anciana había hecho, y luego agitó sus manos en forma de X con énfasis, esperando comunicar que eso nunca sería algo que él haría. Señaló dos veces, solo para dejarlo claro.

Una pareja de ojos brilló en lo profundo de la puerta, en la oscuridad del Gran Salón. Dirt miró las mentes y encontró al medio cadáver. Estaba escondido allí, observándolo en silencio y sin pensamientos.

Dirt señaló y preguntó: “¿Quién es ese?”

Los otros también lo miraron, mientras se retiraba hacia atrás para esconderse. Sin embargo, el viejo había visto el movimiento y retrocedió dentro del Gran Salón para averiguar quién era. Dirt lo escuchó hablando con otra persona, una voz masculina áspera y grave, con un tono arenoso. Luego, el anciano y el medio muerto caminaron hacia adentro, entrecerrando los ojos por la luz del sol.

Parecía perfectamente normal. Incluso sus modales parecían comunes. Tenía una barba corta y oscura que combinaba con su cabello del mismo tono, y vestía la misma ropa de lana que usaba todo el mundo. Si había alguna característica que lo distinguiera, era su piel, apenas un tono más pálido que el promedio.

La criatura con forma de hombre le hizo una educación cortesía con la mano. Con un dejo de disculpa en la voz, murmuró algo de disculpa al anciano que Dirt no alcanzó a entender del todo.

Dirt lo observó cuidadosamente, buscando cualquier cosa con la que pudiera acusar a aquel hombre. Preferiría matarlo antes de que se diera cuenta de que está en peligro, pero no quería enfrentarse a la mitad de la tribu en su camino de salida.

El hombre le sonrió, mostrando los dientes de una manera que hizo a Dirt pensar en hambre. El anciano murmuró algo más, y la criatura resopló.

Dirt decidió que era hora de actuar. Mejor golpear primero que esperar y reaccionar. Sonrió y se acercó al hombre, luego extendió la mano para ofrecerle un apretón. El hombre aceptó, y su mano era fría y firme, apenas moviéndose. De repente, Dirt tiró con su mente de la camisa del hombre, ya que no había forma de que todo él pareciera normal. Solo tenía que exponerlo.

La ropa del hombre se ajustó, pero sorprendentemente, su camisa estaba cosida a sus pantalones para impedir exactamente eso.

“Ahora te tengo,” dijo Dirt con una sonrisa depredadora. Fortaleciendo ambos brazos, dejó caer su bastón y tomó las muñecas del otro para mantenerlo en su lugar. Luego, con su mente, extrajo la daga de su fundilla y dibujó un círculo alrededor de la camisa del hombre.

Se abrió y reveló una masa de carne gris pulsante cubriendo dos tercios de su torso. Bajo su axila, tenía el rostro de una mujer desde la nariz hacia abajo, con la barbilla sobresaliendo dos pulgadas más allá de donde debería estar la caja torácica. Dirt lo sostuvo allí el tiempo suficiente para que los demás lo vieran, y luego volteó la daga para clavarla.

El monstruoso humano le dio una patada brutal en el estómago, levantándole ambos pies del suelo. La violencia fue tan grande que un pequeño dolor atravesó la protección de maná de Dirt, pero él mantuvo la sujeción de sus muñecas, fortaleciendo sus dedos con aún más maná.

Los demás se dieron cuenta de lo que estaban viendo y gritaron. El babbu de Biandina fue el primero en reaccionar y atravesó por el pecho gris y pulsante de la media criatura, con la punta de la lanza sobresaliendo a una mano de distancia de su vientre.

No le afectó en lo más mínimo. La única reacción fue que la monstruosidad dejó de fingir tener emociones humanas y dejó que su rostro se relajara en una expresión vacía. El rostro de la mujer, bajo su mandíbula, entreabrió la boca, intentando alcanzarlo con sus dientes.

La criatura se inclinó con su cabeza masculina para dar un mordisco en el rostro de Dirt, pero este lanzó la daga directamente a la frente del monstruo con la mente. Firmó los pies y la impulsó mentalmente, hundiéndola más profundo. Luego, la retorció para sacarla con un chasquido intenso y se lanzó hacia el cuello.

Al mismo tiempo, parte de la carne retorcida en el torso del hombre se desenrolló y se convirtió en un brazo largo con tres articulaciones y un único dedo con garras en la punta. Lo atravesó repetidamente en Dirt, con golpes lo suficientemente fuertes como para resonar un golpe sólido en su pecho, pero la magia de Dirt impidió que le perforara.

Dirt aún se resistía a soltar, fortaleciendo sus dedos hasta convertirlos en hierro. Continuó apuñalando con la daga, una y otra vez, y con cada movimiento componía vastas heridas laterales, solo algunas de las cuales sangraron. El hombre se desmoronó, perdiendo un brazo, luego una pierna, después la cabeza, y finalmente murió por completo. La sangre negra y en descomposición se acumuló en el suelo, formando un olor insoportable, y todo quedó en silencio.

En medio del choque silencio que lo siguió, se escuchó un rasguño, rasguño, rasguño, suave y rítmico, que provenía de debajo del suelo de piedra.